

solía recibir á sus amigos, entre los que nos figuramos oír á Siriaco Skinner discurrir libremente sobre los últimos debates del Parlamento ó del club, y sobre la marcha de los negocios públicos. En el mismo sentido resonaba allí la honrada voz de Andrés Marvel, que á veces hacia también ingeniosas y profundas observaciones críticas acerca de la poesía y de la literatura en general. Allí es de suponer que Roberto Boyle hablase á su ciego amigo de los nuevos experimentos filosóficos, pasando de los misterios de la naturaleza á las religiosas consideraciones que le inspiraba su supremo Autor. Los escritos de Milton prueban las relaciones personales que tenía con los hombres más distinguidos del ejército y del Estado, y que estos acudían de vez en cuando á visitarle. La admiración que causaba su genio, lo mismo que el de Bacon, era mayor entre los extranjeros que entre sus compatriotas, y en esa época, después de Cromwell, el inglés que más llamaba la atención de los primeros, y á quien manifestaban más deseos de conocer, era nuestro autor; por lo que muchos emprendían un viaje y se dirigían á su modesta vivienda sólo con este objeto.

Pero todo cambió con la Restauración. Milton debió comprender que su vida no estaba segura; había terminado su carrera política, y no bastaba en lo sucesivo su silencio para preservarle de las consecuencias de lo pasado. Abandonó entonces á Petty France y halló en Bartolomé Close un asilo y un amigo. Á la proclamación se siguió su encarcelamiento; pero tenía amigos de influencia deseosos de favorecerle, como su cuñado Sir Tomás Clarges, Morrice, secretario de Estado y primo del general Monk, Andrés Marvell, que era individuo del Parlamento, dos distinguidos realistas, regidores de York, y sobre todo Sir Guillermo Davenant. Aun entre sus enemigos había algunos que consideraban su pérdida de vista con lástima, y su genio con respeto. Hay quien dice que algunos de sus amigos le dieron por muerto, y fingieron hacerle exequias fúnebres para frustrar la persecución del gobierno que andaba en busca suya; pero semejante recurso hubiera parecido sobrado cándido además de no ser creíble que Milton se hubiera prestado á semejante farsa. Á ser cierta esta especie, los ingenios de la corte de Carlos no la hubieran dejado dormir tanto tiempo después del suceso.

En junio de 1660 resolvieron los Comunes que los *Iconoclastas* y su *Defensa del Pueblo de Inglaterra* se quemasen por mano del verdugo, y así se verificó en el mes de agosto; pero al mismo tiempo se pronunció sentencia de indemnidad, absolviendo de la pena de muerte al autor, aunque algunos meses después,

no sabemos por qué causa, le hallamos bajo la vigilancia del macero del Rey. Sin embargo, en breve fué puesto en libertad, castigándole sólo á pagar sus alimentos; pago á que resistió con su carácter independiente y resuelto, fundándose en que era excesivo, y se modificó el tanto antes prefijado.

Al dejar la casa de Bartolomé Close, tomó otra en Holborn, cerca de Red Lion Square, de donde á poco se trasladó de nuevo á Jewuin Street. Aquí publicó una obra sobre los *Accidentes* y *Gramática de la Lengua Latina*, y además los *Aforismos del Estado* de un manuscrito que dejó Sir Gualterio Raleigh. Debemos añadir que en esta casa de Jewuin Street contrajo Milton su tercer matrimonio, mas no parece que fuese con mucha anterioridad á 1664. Su amigo el doctor Paget le recomendó á Isabel, hija de Mr. Roberto Minshull de Wistaston, cerca de Nantwich, en Cheshire, como mujer que podría contribuir á su felicidad, y se verificó este enlace. Tenía entonces Milton cincuenta y seis años, y treinta ménos su esposa. Su hija mayor contaba diez y ocho, y la segunda diez y seis.

Permaneció Milton tanto tiempo sin casarse con la esperanza al parecer de que sus hijas adquirieran afición y capacidad para el arreglo de la casa, pero estas esperanzas debieron frustrársele. Milton incurrió al parecer en la falta de haberse conducido con sus hijas no tan dignamente como era de esperar de él; conducta que por una y otra parte dejamos al juicio de los lectores.

Á Mistress Foster, nieta de Milton, se atribuye la declaración de que su abuelo, además de la aspereza con que trataba á sus hijas, miraba con tal indiferencia su educación, que no quiso que aprendiesen á escribir. La mayor no podía leer por cierto impedimento que tenía en la lengua, pero las otras dos, y Débora la más joven lo dice así, sabían leer en ocho idiomas, entre ellos el griego y el hebreo; pero la ocupación de verse obligadas á leer mucho en estas lenguas, ó por lo ménos en una que no sabían traducir, debía ser tan desagradable como inútil. El sobrino del poeta, Phillips, refiere que luego que las jóvenes concluían esta ocupación, iban todas tres fuera de casa «á aprender algunas labores curiosas y entretenidas, propias de mujeres, especialmente el bordado en plata y oro.» El hecho de que Milton al morir dejó cuanto poseía á su esposa, excepto lo que podían reclamar sus hijas por la parte de su madre, de la familia de los Powells, ha venido á confirmar los desfavorables informes que se tienen en el particular.

En cambio debe recordarse que Mistress Foster, la nieta del poeta, no es enteramente digna de crédito, pues la aserción de que Milton no quiso enseñar á sus

hijas á escribir, es positivamente falsa, dado que Aubrey afirma ser Débora, la más jóven, la amanüense de su padre, y que aprendió latin y á leer griego, es decir, á traducir una lengua y leer otra. Débora además asegura que aunque no fueron á colegio, «aprendian en casa con una maestra que se tomó á este fin.» Esto significa que estaban bajo la direccion de un aya. Á este gasto hay que añadir el del aprendizaje del bordado, y la asignacion que tuvieron los cuatro ó cinco años ántes de morir su padre, en que dejaron de formar parte de la casa. Al fin de ese tiempo, dice él que habia «gastado la mayor parte de su fortuna en esta atencion,» y al mismo tiempo que habian sido «descuidadas y poco afectuosas con él;» que «no le cuidaban estando ciego, ni hacian nada en obsequio suyo;» que «en lugar de servirle de apoyo, que tanto necesitaba, se confabulaban con la criada para sisarle en la compra;» que habian inutilizado algunos de sus libros, y vendido los demás á las prenderas; y que Maria, la segunda, sabiendo que su padre estaba para casarse, decia que la mejor noticia que podrian darle de él era que habia muerto.

La nueva mujer de Milton tenia veinte y seis años de edad cuando se casó, y Aubrey, que la conoció, la pinta como «una bella persona, de carácter bondadoso y dulce.» Por lo que de ella se dice, debemos en efecto presumir que se distinguia por sus atractivos personales. Sábese que profesó á su marido gran respeto; que los versos que se le ocurrían á él de noche, los escribia ella al dictado al siguiente dia; que procuraba complacerle en todo, y que de hecho probó ser una excelente señora. Milton mismo confiesa que era una «amante esposa», y su hermano Cristóbal asegura que asi como él «se quejaba, aunque sin acritud, de que sus hijas le habian tratado con poco cariño, de su esposa decia que habia sido amable y cuidadosa.» Al dejar para ella la propiedad de que podia disponer, que, sin embargo, no le proporcionaba más que los medios de una regular subsistencia, daba á entender que satisfacía una deuda de gratitud. En el convenio últimamente hecho cuando se litigó la herencia, las hijas se contentaron con recibir cien libras cada una por su parte; y al mismo tiempo las mil libras que seguía debiendo la familia de Powell, reconocidas por personas que se obligaban á pagarlas como una deuda legitima, quedaban á las hijas como objeto de reclamacion. «Phillips cuenta» dice Johnson, «que Mistress Milton persiguió á las hijastras en vida de su marido, y las despojó de lo suyo despues de muerto;» pero baste decir que Phillips nunca dijo semejante cosa, ni es la primera vez que la ojeriza de Johnson

le lleva á incurrir en difamaciones de esta naturaleza. La mejora hecha en favor de la viuda, probablemente sugerida por ella misma, es el único cargo que puede hacérsele; y por lo que hace á la persecucion que se le atribuye, Débora bien podia dejar su casa, aun recibiendo buen trato, para ser adoptada, como de hecho lo fué, por Mistress Merien, miéntras sus dos hermanas dificilmente hubieran vivido cinco ó seis años al lado de su madrastra, si tan mal se hubiera conducido con ellas. En todo esto, en lo que se dice del proceder de Milton para con sus hijas y su primera mujer, no es fácil asegurar en quién estuvo la falta, pero no creemos aventurar mucho al decir que si él fué culpable con los demás, estos lo fueron en mucho mayor grado para con él.

No siguió viviendo mucho tiempo en Jewin Street; de allí se trasladó, por último, á una casa situada en Artillery Walk, que entónces era una hermosa calle que salía á Bunhill Fields; pero no habia residido mucho tiempo en su nueva vivienda, cuando le lanzó de ella la peste, que tan terriblemente invadió la metrópoli en 1655; hubo de refugiarse por algun tiempo en una casa cualquiera de Chalfont, en Buckinghamshire, que habia alquilado para él su jóven amigo Wood, el Cuáker. En este tiempo concluyó ó dejó casi concluido su PARAISO PERDIDO.

Las primeras noticias que tenemos de que Milton intentase escribir un poema épico, se refieren á la época de su viaje al continente. Los elogios que le tributaron en Florencia, indican que algo de este propósito manifestó á sus amigos de aquella ciudad. En los versos que dirigió á Manso en Nápoles, pocos meses despues, explicitamente declara su intencion, pero el asunto que entónces le ocupaba, era el Rey Arturo y el espíritu caballeresco de aquellos tiempos. En su tratado del *Gobierno de la Iglesia*, publicado en 1641, vuelve á hablar de su proyecto, pero es con referencia tambien al Rey Arturo. No sabemos cuándo ó por qué dejó el asunto británico por el biblico; pero es lo cierto que en 1658 habia ya variado de resolucion, pues algunos años ántes, Phillips y otros amigos habian visto fragmentos del poema, especialmente el *Apóstrofe de Satan al Sol*, que apareció despues en el PARAISO PERDIDO. Es por consiguiente de suponer que ocho ó diez años ántes se ocupaba el poeta en este asunto y estaba más ó ménos resuelto á escribirlo, y que unos siete años ántes de su publicacion, era obra que resueltamente traía entre sus manos. La primera forma que pensó dar á su obra, sabido es que era la de un drama; los manuscritos de Milton en Cambridge, nos

dan por anteriores dos planes dramáticos sobre la *Caida del Hombre*, trazados de un modo semejante al de los antiguos misterios; mas por fortuna abandonó aquella idea, en la cual parece que insistió muy poco.

La causa más poderosa que le sugirió tan sublime asunto, es probable que dependa de los nuevos pensamientos á que se entregó al regresar á Inglaterra en 1639. Estando aún en Cambridge, el disgusto con que veía el giro dado á los sucesos de la Iglesia anglicana, le apartó del propósito de hacerse clérigo. Su *Lycidas* manifiesta que pensaba así cuando estaba escribiendo aquel poema; pero su residencia en Horton y su viaje continental comprenden el intervalo que puede decirse más brillante de su vida, y si ésta le hubiera sonreído despues del mismo modo, es probable que el poema épico hubiera sido el caballeresco. La lucha entre Carlos y el Parlamento, que engendró la guerra civil y las graves cuestiones de la libertad civil y religiosa, absorbieron su atención, y no sólo avivaron el espíritu religioso que descubrió en sus primeros años, sino que le arraigaron más en él, y por decirlo así, constituyeron sus ulteriores hábitos.

En otra parte hemos dicho que Milton entregó el manuscrito del PARAISO PERDIDO á Wood en Chalfont, y mencionado también la observación del Cuáquero, amigo del poeta, que quien había escrito el PARAISO PERDIDO, bien podía escribir el *Paraíso recobrado*, en lo cual alude al poema conocido despues con este nombre. Milton volvió á Londres en 1666, probablemente á principios de año. El retraso que experimentó la publicación en 1665 por la peste, continuó en setiembre de 1666 por el gran incendio de Londres, que paralizó, como no podía ménos de suceder, toda empresa por parte de los autores y librereros. Pero Milton había escrito la mayor parte, si no todo su *Paraíso recobrado*, falto de libros en su humilde habitación de Chalfont, así como su gran poema entre las incesantes distracciones producidas por la agitación y los peligros que combatieron á la República los cinco primeros años de su existencia, y entre los temerosos acontecimientos que acompañaron á la Restauración; pero desplegando toda su energía y aliento, se introdujo en la ciudad donde la peste acababa de hacer tantos estragos sin perdonar morada alguna, y donde á consecuencia del incendio, estaban sembradas las calles de ruinas y confusión, con el fin de hallar un librero bastante animoso para emprender la publicación de un poema épico en diez libros.

Halló, sin embargo, Milton el hombre que buscaba en la persona de Samuel

Simmons; y todo el mundo sabe los términos del convenio que se realizó entre el poeta y este editor. Al firmarse el contrato recibió el autor cinco libras, y si se vendían los mil trescientos ejemplares de la primera edición, recibiría otras cinco. Si de la segunda edición se despachaba igual número, percibiría la misma suma, y otro tanto de la tercera, en el supuesto de que ninguna edición había de pasar de mil quinientos ejemplares; de manera que la venta de más de cuatro mil ejemplares no produjo al autor más que veinte libras. La primera edición se anunció perfectamente encuadrada y al precio de tres chelines. Milton firmó su convenio con Simmons el 27 de abril de 1667; el 26 de abril de 1669 recibió las segundas cinco libras, habiéndose agotado los mil quinientos ejemplares estipulados de la obra en aquellos dos años. La segunda edición no se imprimió hasta 1674, en que, como ya Milton no vivía, nada pudo recibir; así que todo lo que llegó á sus manos por producto del *Paraíso Perdido* fueron diez libras. La segunda edición se vendió en el espacio de cuatro años, y al imprimir la tercera en 1681, Simmons entregó á la viuda de Milton ocho libras, importe del derecho de autor. Simmons vendió la propiedad al librero Brabazon Aylmer en veinticinco libras, y en 1683, pasó de Aylmer á Jacobo Tonson en precio mucho mayor. En el transcurso de veinte años se publicaron seis ediciones, y se vendieron de siete á ocho mil ejemplares. En 1688 apareció una hermosa edición en folio, bajo los auspicios del gran jurisconsulto whig, lord Somers, y con una lista que excedía de quinientos suscritores, entre los cuales figuraban los hombres más distinguidos por su posición y su fama literaria: hechos que hacían más honor al público de aquel tiempo que al comercio de librería.

La *Historia de Inglaterra* de Milton, que tanto le había dado que pensar en ocasiones, no se publicó hasta 1670, pero muy mutilada por el censor, y, según dicen algunos, con intercalaciones posteriores, sólo pretesto de restablecer los pasajes suprimidos. En 1671 apareció el *Paraíso Recobrado*, juntamente con el *Hércules Sanson*. En 1673 el poeta dió á luz su tratado de la *Verdadera religión, la herejía, el cisma, la tolerancia, y que medios adecuados debían emplearse contra la preponderancia del Papado*. Por aquel tiempo, el país estaba cada vez más alarmado, y no sin razón, por temor de que ascendiese al trono un papista, y por el nuevo ascendiente con que amenazaba el romanismo. Milton excitó á todos los protestantes para hacer causa común contra el enemigo; en el mismo año reimprimió sus primeras poesías con algunas adiciones y cor-